

nejado por dos y hasta por tres hombres. Los remos ordinarios son generalmente la parte de la embarcación que menos responde á su objeto y sus palas tienen la forma de lanceta puntiaguda; llevan á menudo adornos en el extremo inferior, sus mangos son esculpidos y ostentan figuras de animales y otros adornos hechos con incrustaciones de madreperla. Con frecuencia, especialmente en las islas Salomón, tienen sorprendente semejanza con las porras, lo cual permite suponer que al confeccionarlos los indígenas les guía el propósito de poderlos utilizar como á tales en el caso de que se vean abordados por los enemigos. Esta circunstancia de destinar los remos á dos distintos objetos redundaba en perjuicio de su valía para la navegación. Varias veces hemos indicado la semejanza que tienen con los remos ciertas insignias honoríficas ó cetros (véase pág. 463). Los mismos vertedores de forma muchas veces elegante y adornados con esculturas demuestran la importancia que allí se da hasta á los más modestos instrumentos del navegante (véase el grabado de la pág. 561). El número de remos en las grandes embarcaciones de guerra como las que vió Forster en Tahití — que los tenían á ambos lados y colocados unos muy junto á otros — excede á veces de 100. Forster habla de barcos de 144 remos y Wilson cita embarcaciones que llevaban 300 hombres. El canto marca el compás á que han de moverse los remos. En las grandes expediciones hechas en común, colócase un hombre en la estrella de la embarcación que va delante y con un manojo de hierba seca ó con otro objeto análogo señala la dirección en que se ha de navegar.

La orientación es de importancia suma en estos mares cuyos arrecifes son á menudo tan bajos y tan distantes entre sí que parece mentira que pudieran ser descubiertos. Considérese, sino, la extensión de mar que separa á Pascua, Hawai y Nueva Zelandia del Archipiélago propiamente dicho. Sólo la casualidad pudo haber guiado á algunas de ellas. La isla de Ualán, por ejemplo, se encuentra tan aislada en medio del Gran Océano que hasta 1806 no fué descubierta esta isla romántica por un ballenero americano; sabido es también que muchas islas del Océano Pacífico no fueron descubiertas hasta muy entrado el presente siglo. Estos pueblos, como hemos visto, observan con mucho cuidado los astros y tienen nombres especiales para un gran número de éstos: dividen el cielo en ocho regiones cada una de ellas con su viento correspondiente, y consignan sus conocimientos geográficos en mapas en los cuales sólo las direcciones están bastante bien marcadas, pues por lo que hace á las distancias vemos en ellos grandes inexactitudes. El nombre de mapa es demasiado lato para estos trabajos. Según Chamisso, el indígena Lagediack dibujaba sus mapas con piedras sobre la arena y con un punzón sobre una pizarra, indicando de este modo las direcciones que podía indicar la brújula, de tal suerte que por este procedimiento pudo Kotzebúe dibujar un mapa de Radak. En Ralik, la confección de mapas por medio de pequeños palos rectos y curvos que indican las rutas, las corrientes y las islas es un secreto que sólo poseen los caudillos. Los insulares de las Marschal poseen un mapa completo de estas islas hecho con palitos y piedras (véase el grabado de la pág. 563). Möbius ha indicado recientemente la existencia de un método de orientación por medio de las líneas de resaca oceánicas de mucha mayor importancia práctica para la navegación. Los indígenas de las Marschal siguen, en sus grandes expediciones marítimas, un procedimiento completamente sistemático. Los grandes viajes á 500 y hasta á 1000 millas de la tierra más próxima sólo se emprenden reuniéndose varias embarca-

ciones en escuadra, en número de 15 canoas por lo menos y á veces del doble y aun del triple. Cada una de estas escuadras va dirigida por un caudillo asesorado por uno ó más pilotos, pues hay entre aquellos isleños individuos que gozan de gran fama como á tales y que los indígenas toman siempre á bordo para las largas travesías: estos pilotos sin brújula, sin mapas, sin sondas y sin grandes conocimientos astronómicos saben dirigirse al punto que quieren y que muchas veces se halla situado á centenares de millas de distancia. En sus travesías únicamente observan con gran atención el ángulo que forma la canoa con la resaca que origina el monzón nordeste que constantemente sopla al Norte del Ecuador y con ello saben la dirección en que avanza la canoa. Esta resaca, invariable aun cuando cambie el viento, constituye en las aguas en que navegan los isleños del grupo un elemento muy utilizable para la orientación que los pilotos indígenas aprovechan con gran talento, y como éstos conocen muy bien, gracias á la práctica que tienen, las corrientes marinas, saben sacar de ellas provecho para acortar las travesías. Por regla general, sólo se viaja de día y á fin de tener más ancho horizonte á que tender la vista, la escuadra navega en línea oblicua respecto del objetivo del viaje. Las canoas que componen esta flota andan á una distancia unas de otras que permite á las más cercanas comunicarse por medio de un sistema de señales; cuando cualquiera de las canoas formadas en tan larga fila divisa tierra ó algo que llame su atención lo telegrafía á la más inmediata, ésta á la que sigue y así sucesivamente á todas las demás. Gracias á esta manera de navegar en tan extensa línea es casi imposible que pase inadvertida la isla á donde se dirige la expedición y que, á menudo, sale tan poco á flor de agua que es muy difícil verla. Durante la noche la escuadra se reúne y las canoas se colocan de modo que unas á otras se toquen con lo cual se evita la dispersión que de otra suerte podría producir la oscuridad.

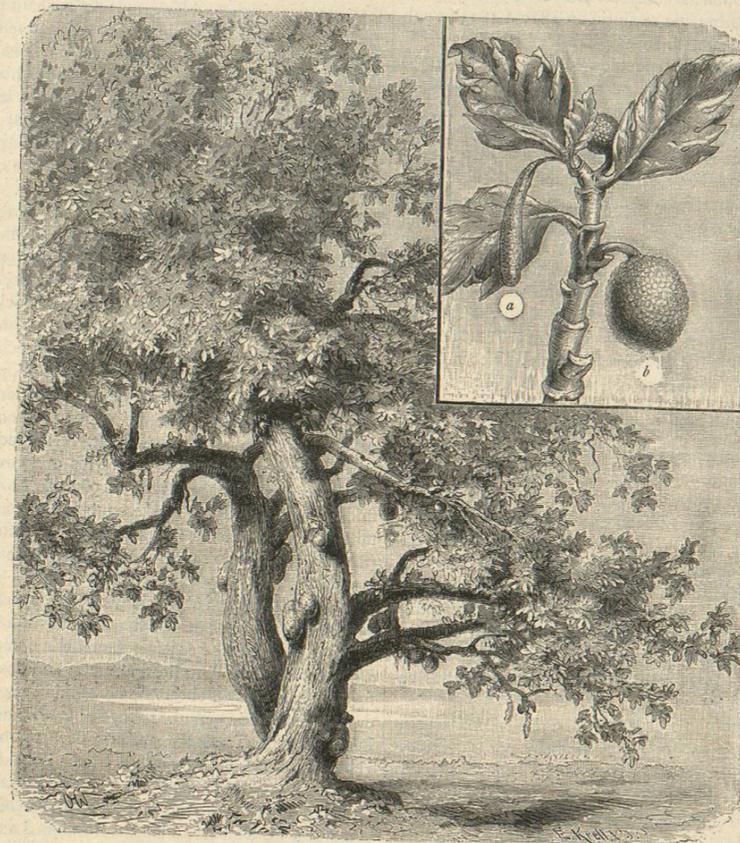
Los polinesios y los micronesios navegan á menudo en buques europeos dando en ellos pruebas de ser muy buenos marinos en todo menos en lo que toca á fuerza corporal. En medio de la importancia que durante mucho tiempo tuvo Honolulu en la pesca de ballenas en el Pacífico, los hawaianos ó kanakas han sido los que con más frecuencia han demostrado ser buenos navegantes. Wilkes, hablando de sus dotes marineras que pudo comprobar en buques de guerra americanos, dice: son diestros pero no sirven para la marina de guerra; en pequeños grupos son más útiles que en grupos grandes, pues en estos casos todos procuran echar la carga sobre los demás; cuando se trata de subir al aparejo sienten un miedo extraordinario; en donde mejor están es en los botes de remos, pero aun en éstos prefieren, cuando hay que romper alguna ola, arrojar del bote para echarse á nadar sin cuidarse de éste; difícilmente se acostumbran á las voces de mando de los buques de guerra, en cambio son dóciles, laboriosos é intrépidos en los balleneros; su poca limpieza es extraordinaria.

Hay un sinnúmero de hechos que indican el uso que de sus medios de transporte, de su espíritu emigrador y de su intrepidez hacen los pueblos del Océano Pacífico, para una gran parte de los cuales son una necesidad los largos viajes marítimos. Muy á menudo se emprenden viajes de centenares de millas, bien sea para sorprender á los habitantes de las vecinas islas y regresar á la patria con cabezas para las casas de canoas, bien para reunirse en determinado día del año y en un lugar previamente fijado y proceder á un cambio de productos. En esta clase de via-

jes distingúense especialmente los habitantes de Yap, de Simbo y de Tonga. Los piratas biakes emprenden también en sus canoas viajes de muchos miles de kilómetros. Cualquier pretexto es bueno para viajar, así es que Wilkes encontró en Raraka 200 hombres de Tahití y de Anaa que se habían dirigido allí en dos canoas dobles para recoger mariscos y Tetuaroa, pequeña isla situada al Norte de Tahití, era visitada á menudo por los tahitianos con el objeto de curarse en ella de algunas enfermedades. En sus viajes, por ejemplo cuando se dirigen á las Paumotu, llevan con-

sigo los tahitianos estacas y esteras para construir chozas que á pesar de ser provisionales y por ende poco sólidas, todavía son superiores á las de los naturales de aquellas islas. Sus víveres consisten las más de las veces en pescados secos y en el *masi* que confeccionan con el fruto del árbol del pan.

Una de las principales causas de las emigraciones es naturalmente el comercio que en las islas polinesias parece ser ejercicio propio de los caudillos ó por lo menos de cuenta de éstos, lo cual es altamente beneficioso para las



Arbol del pan (*Artocarpus incisa*). a flor; b fruto

empresas mercantiles, puesto que las grandes expediciones marítimas sólo pueden ir dirigidas por estos caudillos, únicos que tienen autoridad y conocimientos para ello. El espíritu mercantil es grande en esos pueblos codiciosos de ganancias y amantes del cambio de productos, impulsándoles muchas veces á lanzarse en alta mar. Cuando Cook, por ejemplo, echó anclas en el grupo de las Annamukas, en el archipiélago de Tonga, los indígenas de Komango acudieron en masa desde su isla distante 8 kilómetros con varios productos ansiosos de hacer negocio. Pueden ser citados como pueblos verdaderamente mercantiles los tonganeses que dominan el comercio entre Fidschi y Samoa, los habitantes de Sikiyana, de Peleliu y otros. La división del trabajo en las profesiones obliga al cambio de productos. En cuanto al desenvolvimiento proporcionado del sis-

tema de monedas, ya nos hemos ocupado anteriormente de él.

La intranquilidad política es también causa muchas veces de emigraciones. Los habitantes de las Marianas se refugiaron en las Carolinas huyendo de los conquistadores españoles; los que huyeron ante el caudillo caníbal Uhila, en Nomuka, poblaron Pylstart-Island (Ata); amenazado por las incursiones de Kamehameha, Kaumualii hizo aprestar en Kauai un barco para refugiarse con su familia, en los momentos de peligro, en una de las islas del Océano. Durante el gobierno de los primeros Pomares, Anaa intentó conquistar á Tahití; en aquel entonces, esta isla, cuya población estima Wilkes en 5,000 habitantes, estaba gobernada por el caudillo Tomatiti y había conquistado todas las islas del grupo que se extiende al Oeste de Bow ó

de la isla Hau. Los tahitianos, empero, gracias á un rico regalo consistente en cerdos, tapa, etc., consiguieron que Tomatiti abandonara la isla, en vista de lo cual Anaa reconoció la supremacía de Tahití. Los paumotus fueron más tarde considerados como más guerreros que los tahitianos y eran los que principalmente hacían el comercio con éstos.

El hambre contribuye asimismo á la emigración. Los hawaianos no se explicaron la aparición de Cook en su isla más que por la creencia de que en el país de éste debía haber habido malas cosechas. En las mismas fértiles Marquesas el hambre que se sintió en 1822 á 1823 impulsó á los indígenas á la antropofagia.

En el espíritu de estos pueblos encontramos una porción de rasgos que explican perfectamente el por qué de la posibilidad de tan atrevidas empresas, siendo uno de ellos el poco valor que dan á la vida del hombre y que llega á un grado que no vemos en ninguna otra parte; véase sino lo que hemos dicho en la pág. 499 y siguientes: el infanticidio, los sacrificios humanos, la antropofagia y el estado permanente de guerra son buena prueba de ello. Parejas con esto corre aquel espíritu aventurero alimentado y fomentado por la organización aristocrática de la sociedad. Mariner cita como rasgo fundamental del carácter nacional de los tonganeses «el espíritu emprendedor, especialmente por mar;» estos insulares, cuyas excelencias notamos también en otras esferas, casi se aparecen á nosotros como «los pequeños fenicios» de la Polinesia sud-oriental cuando oímos decir que los samoanos y fidschianos se aventuran á ir á Tonga embarcados en simples botes tripulados por tonganeses. Además no faltan tampoco tribus verdaderamente emigrantes. En Nueva Zelandia había algunas familias emigrantes que se habían dedicado á la agricultura; allí, en el estrecho Carlota, encontró algunas Cook durante su segundo viaje; en mayor número las había en aquellos puntos en que desde las islas habitadas se enviaban colonias á los arrecifes para buscar perlas ó para pescar, costumbre seguida, por ejemplo, en las Paumotu y en las Marschal. Los mafores que hoy residen en Dore habitaban antiguamente en la bahía Saobebe que abandonaron á consecuencia de insignificantes luchas con sus vecinos.

A la dispersión de los pueblos del Pacífico por las islas de todo este Océano, producida primero por las tempestades y corrientes marinas y luego por emigraciones voluntarias, ha venido á contribuir también en los modernos tiempos el comercio de hombres que la creciente necesidad de fuerzas trabajadoras hizo nacer en territorios adelantados en la agricultura como Hawái, Samoa y Queenslandia. Este comercio, en un principio, tenía todos los visos del rapto de hombres que sirvió de base á la trata de esclavos en Africa, puesto que los hombres y aun los niños eran arrancados de su patria á viva fuerza ó por medio de engaños y conducidos á comarcas á donde ellos nunca espontáneamente hubieran ido. Las reglas que más tarde decretaron algunos gobiernos resultaron ineficaces por deficiencia de autoridades fiscalizadoras. Y aun en aquellos casos en que los colonos se veían obligados á reexpatriar, al cabo de tres años, á estos *kulis*, los capitanes atendiendo sólo á su conveniencia los desembarcaban muchas veces en una isla cualquiera que no era la patria de aquellos infelices y en la cual éstos eran maltratados y aun muertos por los indígenas. Desde la aparición de los europeos, la población de la mayoría de las islas de Polinesia y de Micronesia ha disminuído considerablemente, al igual de lo que hemos visto en Australia, lo cual ha sido también cau-

sa de desplazamientos; así por ejemplo han ido á parar á Hawái inmigrantes procedentes de un extenso perímetro que abarca desde las Marquesas hasta Nueva Zelandia. Hawái es, por otra parte, uno de los grupos de islas que mayor contingente ha proporcionado de misioneros indígenas que han ido á predicar la religión cristiana á los más remotos territorios de Melanesia.

Relaciones políticas y sociales trazan, aun hoy en día, las líneas de antiguas comunicaciones. Grupos de islas muy distantes entre sí aparecen de esta suerte encadenados históricamente. Los tonganeses saludaron durante largo tiempo con mucho respeto á las gentes de Tokelau por creerlas antepasados suyos. Ejemplo de ello son también las Marianas y las Carolinas entre las cuales no sólo se han realizado muchos viajes involuntarios sino que, como hemos dicho, muchos indígenas de las primeras huyeron á las segundas cuando vieron conquistado su archipiélago por los españoles: en cambio los carolinos van á buscar á Guayam piedras brillantes que en Yap y en otros puntos sirven de moneda. Los carolinos de Ule que en 1788 visitaron la isla de Guayam siguieron todavía el camino que sus antiguos cantos describían, pero desde entonces el tráfico adquirió cada día mayor animación y en la actualidad los isleños de las Carolinas recogen en las Marianas, por ejemplo, cocos para los expedicionarios extranjeros. Ruk y Mortlock están unidas entre sí por el origen y por el trato que éste engendra. Las relaciones políticas dependen también muchas veces de objetos olvidados ó hurtados. Las islas Uluthi, por ejemplo, están sometidas á Yap porque si se desenterrara la destal de la diosa Isserie en ellas enterrada se produciría una gran catástrofe por inundación del mar. A menudo se habla igualmente del antagonismo entre los que emigran según que lleven consigo taro ó fruto del pan. En las islas Kingsmill, los inmigrantes ponapeles que llevaron allí taro mataron á los posteriores inmigrantes procedentes de Amói (Samoa) que traían el fruto del árbol pan y se casaron con sus viudas.

Muchos ídolos son objeto de veneración por su conexión con las emigraciones de la tribu, relacionándose con ellos multitud de leyendas á éstas referentes. En tiempo de Kahukapu, el sacerdote Paoa llegó á Hawái con dos ídolos que fueron venerados en el templo de Mokini; el propio sacerdote huyendo de Opolu construyó el templo de Ahaula en Puna (Hawái). Tamatekapúa, hijo de las nubes, trajo de Hawái, país de los espíritus, á Nueva Zelandia á Rongomai, como dios tutelar suyo; también en Nueva Zelandia se conservó el ídolo de piedra Matúa-Tonga, hijo del Sud, como dios de Kumara traído de Hawái. La tradición hawaiana dice que llegaron á Hawái sabios sacerdotes, llamados *kahunas*, que traían consigo á sus dioses.

Desde el momento en que las rutas y las líneas de comunicación se cruzaron, hubieron de surgir necesariamente luchas sobre el derecho de posesión. Por esto refieren los samoanos que uno de sus caudillos pescó á Rotuma y plantó en ella cocoteros, pero que luego en una posterior expedición se encontró allí con el caudillo Tukunúa que había llegado en una canoa llena de hombres y se vió obligado á luchar con él sobre el antiguo derecho de posesión. Los maoríes lucharon también porque procedentes de islas pobres en territorios quiso cada uno de ellos apoderarse de una gran porción de terreno en Nueva Zelandia.

En la mitología y en las leyendas de los polinesios encontramos también emigraciones motivadas por las más distintas causas; el ancho horizonte del mar y el más reducido de este grupo de islas aparecen envueltos en tenue claridad en las leyendas de las emigraciones de los seres celestiales

y las islas algo más apartadas son simples estaciones intermedias entre la tierra y el otro mundo ó *Bo'otu*, y por esta razón Samoa está situada, en sentir de los tonganeses, en el camino del cielo creyendo éstos que un ser celeste arrastrado por una tempestad á la tierra llegó á Bolotu como primera criatura en la tierra nacida; los tonganeses se alaban también de haber llegado con sus canoas á Bolotu, objetivo de sus luchas. Al decir de otra leyenda, en otro tiempo un barco fué arrojado, después de larga travesía, á una playa extranjera que ofrecía un aspecto extraño y que los náufragos hubieron de reconocer como poco agradable comarca de fantasmas cuando se pasearon por entre casas y árboles impalpables; de repente salieron al encuentro una forma humana que les dijo que se encontraban en el país de los espíritus y les conminó á que se marcharan inmediatamente, como así lo hicieron rápidamente arrastrados por un viento favorable. Al poco tiempo fallecieron no sin antes haber podido referir las aventuras de su viaje, y desde aquel entonces evitaron los marinos tocar en aquellas mortíferas costas (Bastián). Los insulares de las Marquesas refieren que estas islas estaban antiguamente situadas en el país denominado Tawaiki y que de Vavao, región situada debajo de éste, habían salido los primeros habitantes de Nukahiwa, por cuanto Oataia y su mujer Ananoana, cuyos 40 hijos se convirtieron más tarde en plantas, llevaron el árbol del pan y la caña de azúcar al valle de Tieuhoi ó Taiohae. En Raiatea se dice que Tangaroa cuando hubo poblado el mundo, se convirtió en una canoa, la cual, después de haber conducido á esa isla á los hombres y de haber hecho con su sangre el arbol celeste, sirvió de modelo para el templo. Los rarotonganeses, suponen que sus antepasados residieron en el país de los pájaros, *Manu*, ó en el país de las plumas encarnadas, cuyo pueblo se dividió más tarde en dos partidos, uno que se apoderó de los dioses y otro que se quedó sin ellos.

La creación de las islas fué, en parte, debida á los que á ellas emigraron quienes se conquistaron un derecho que más tarde habían de hacer valer. Cuando surgió de entre los mares Savage Island, dos hombres que á ella fueron nadando desde Tonga la pusieron propiamente en orden y las abruptas costas que en uno de sus costados presenta la isla atribúyese al poco cuidado de estos trabajadores. Otros pretenden que éstos apisonaron é hicieron salir del mar á esta isla inundada. Más sencilla es la leyenda de Hawái: cuando ésta nació del huevo del pájaro marino, llegaron á ella emigrantes, hombres y mujeres, procedentes de Tahití trayendo consigo en una canoa perros, cerdos y gallinas: Ulu trajo á ella el fruto del pan que lleva su nombre y su hermano las telas de corteza de moral. Como estas islas en un principio, sólo por dioses estaban habitadas, los recién llegados les pidieron permiso para establecerse en ellas. Kupe, que abandonó su patria en busca de su mujer, hubo de matar un monstruo, un pulpo colosal, antes de poderse apoderar de Nueva Zelandia, isla que halló habitada únicamente por dos pájaros designados por la leyenda con los nombres de Kokako y Tiwaiwaka. Los primeros inmigrantes de Nueva Zelandia, dos ancianos, salieron con su bote de un huevo que un pájaro gigantesco depositó en el mar. Hotuhiva, hija de Tutapu, fué encerrada en un tambor junto con Tane y con el ídolo Tutapu, y así se dirigió flotando sobre el mar hacia Huahine, en donde Tane fué dios tutelar de la isla y Hotuhiva se unió á un caudillo indígena naciendo de este enlace los antepasados de los príncipes de la isla.

De todas estas innumerables emigraciones por tan dis-

tintas causas motivadas y en tan diversas direcciones comprendidas una sola sobresale por la extraordinaria extensión de sus efectos etnográficos, á saber la que ha dotado al territorio comprendido entre Nueva Zelandia y Hawái y entre Fidschi y la isla de Pascua de una población tan sorprendentemente homogénea como en igual espacio no se ha visto nunca en el universo. La emigración polinesia no es, sin embargo, más que un resultado parcial del gran movimiento emigrador que se observa en la parte central del Océano Pacífico; sin razón se la ha designado como una excepción, cuando en realidad no es más que un fragmento de la regla general, pues todos estos pueblos nunca estuvieron tranquilos sino que por distintas razones emigraron á países cercanos y á tierras remotas y no siempre en pequeños grupos, antes bien colonizando en muchas ocasiones con perfecta conciencia y deliberado propósito, del mismo modo que en otro tiempo los fenicios y los griegos cruzaron el Mediterráneo, mar de mucho más reducidas dimensiones, estableciendo en millares de puntos sus factorías.

La identidad del idioma fué lo primero que, desde muy antiguo, llamó la atención de los observadores haciendo que éstos se fijaran en las emigraciones de los polinesios. El diálogo que Crozet sostuvo en Port Marion con indígenas neozelandeses valiéndose para ello de un vocabulario de la lengua tahitiana que se había proporcionado en Bougainville, llevó por vez primera al ánimo el completo convencimiento de la cohesión existente entre estas dos poblaciones tan distantes una de otra. Este vocabulario, sin embargo, debió ser mucho mejor que el de Tahití con el cual los oficiales de Cook no pudieron hacerse entender de los marquesanos. Cuando las tradiciones de los polinesios fueron conocidas más á fondo, se vió que coincidían en Nueva Zelandia y en Tahití aun aquellos nombres que constaban en las genealogías antes de las emigraciones (Maui, Ratta, Taranga, Hema y otros). Pero aun cuando esta coincidencia demuestra la comunidad de origen, las diferencias entre los idiomas existentes dejaría siempre en pie la cuestión del punto de partida de las emigraciones por lo menos dado el estado actual de los conocimientos que se tienen de los idiomas polinesios.

No nos desvían mucho de esta senda las diferencias etnográficas. Entre los primeros exploradores de Nueva Zelandia, Banks opinó que los habitantes de Tahití, Tonga, etc., descendían de aquella isla; y haciéndose cargo de la razón muchas veces repetida de que los neozelandeses no conocían el arco ni la flecha al paso que los tahitianos son muy hábiles en el manejo de estas armas, y no siendo admisible que los primeros pudieran llegar á perder el uso de las mismas, supone más verosímil que los tahitianos no las conocieron hasta después que los neozelandeses se hubieron separado de ellos. Esta, como se ve, no es una razón sólida, pues ¿no podría ser que los antepasados de los actuales maoríes hubiesen emigrado de Tonga, Samoa, etc., á Nueva Zelandia antes de que en aquellas islas hubiese penetrado el arco? Por lo demás, el idioma maorí demuestra con sus palabras para designar el arco y la flecha que hubo un tiempo en que esa rama de los polinesios conoció dichas armas. No son más convincentes las razones en que funda Crozet su opinión de que antiguamente estaban unidas algunas islas hoy separadas por los abismos oceánicos, opinión aceptada por Dumont d'Urville y recientemente por Broca (véase pág. 568). Tampoco son sostenibles los fundamentos en que se apoya Lesson para designar á Nueva Zelandia como punto de partida: este explorador ha citado en corroboración de su aserto, es decir del origen neoze-